

Academias protestantes; y de las universidades y de los colegios se desterró el idioma patrio, enseñándose todo en latín.

Casaubon fué el director de la Biblioteca real pública, que Enrique libró de la decadencia, dándole nueva vida y aumentándola considerablemente. El rey colmaba de presentes y de pensiones á los sabios y poetas extranjeros, siguiendo en esto las huellas de Francisco I y dando con ello el ejemplo á su nieto Luis XIV; y procuró, haciéndoles grandes promesas, llevar á París á Hugo Grocio, Justo Lipsio y á otros hombres eminentes del extranjero.

Todos estos esfuerzos se vieron coronados por el éxito; el espíritu crítico, aclimatado en Francia por Rabelais y Montaigne, abrió nuevos caminos en todos los ramos de la ciencia, así en las matemáticas como en la medicina y en la agricultura; en esta última, Oliverio de Serres prestó importantes servicios en el terreno teórico y en el práctico. Los filólogos franceses, José Scaligero, Mercier des Bordes y Casaubon, eran entonces los primeros de Europa. El espíritu de la antigüedad alentaba todavía en los hombres de la guerra civil; el mismo Enrique IV había escogido la antigua divisa: *ἢ νεκρὸν ἢ ἀποδανειν*; comprendía perfectamente cuándo se cometía una falta hablando en latín (1), y decía á su esposa que Plutarco había sido el maestro de su juventud. Pedro Pithou, gloria del foro, publicó la *Lex Visigothorum* y defendió con éxito á la Iglesia galicana contra las demasías de los ultramontanos. Lo que mas floreció entonces fué la ciencia histórica, y para probarlo bastará citar, entre los muchos que se conquistaron imperecedera fama, los nombres de Aubigné y de Thou, que fueron notabilísimos, cada uno en su género.

Teodoro Agrippa de Aubigné es una de las mas notables figuras de aquella época, tan abundante en rudos y enérgicos caracteres, y merece que á él dediquemos algunas palabras. Nació en 1552 en un castillo de Saintonge y era hijo del canciller de Navarra, uno de los hombres mas notables dentro del calvinismo. Este dió á su hijo una educacion esmeradísima y le consagró á la defensa de la religion reformada; pero el jóven, apenas se vió libre de los horrores de la noche de San Bartolomé, olvidó por el afán de lucha, por los amors y por su ambicion, sus deberes y creencias, y sirvió en los campos de batalla y en la corte á los caudillos católicos, á quienes su padre le había enseñado á odiar. En 1576 verificóse en él un cambio que había de ejercer decisiva influencia en su vida; en efecto, al salvar, con peligro de su propia existencia, á su soberano Enrique de Navarra del cautiverio que sufría en la corte, se pasó definitivamente á la Reforma, sirviendo desde entonces á la causa del calvinismo con valor, abnegacion y lealtad admirables. Hasta que terminó la guerra religiosa, apenas abandonó el estribo mas que «el tiempo que así lo exigieron sus heridas y enfermedades.» Allí donde se entablaba una lucha desesperada, ó donde había que proteger al rey, ó que desempeñar una mision difícil, allí se encontraba siempre dispuesto á d'Aubigné, el mas atrevido de aquellos atrevidos guerreros. Su carácter no tenia nada de suave: rudo y enérgico para con sus amigos, era implacable para con sus enemigos. El servicio que prestó al rey de Navarra creó entre ambos una firme amistad que no impidió, sin embargo, á d'Aubigné dirigir duras reconvenciones al monarca. A menudo quebrábase esta amistad, hasta que una palabra afectuosa de Enrique la reanudaba. Una de las cosas que mas indignaron á Aubigné fué el cambio de religion del monarca; y cuando algunos años despues, Enrique le enseñó su labio partido por el puñal de un asesino, díjole d'Aubigné sin inmutarse: «Señor, solo con el labio

habeis renunciado á Dios y por eso se ha contentado con partiros el labio: pero si renunciáis á Él con el corazon, os partirá el corazon tambien.» D'Aubigné, cuando en 1597 el rey se negó á dar á los protestantes las seguridades que le pedian, estaba dispuesto á arrancárselas por la fuerza. Enrique no podía, pues, sacar partido alguno de un amigo de esta especie, por eso dejó de considerarle hasta que teniendo que realizar sus vastos planes, en 1610, le llamó á la corte. La repentina muerte del monarca causó profunda pena á d'Aubigné, cuya estrella comenzó entonces á eclipsarse. Despues que hubo tomado parte en todas las intrigas y luchas que ocurrieron durante la primera década del gobierno de Luis XIII, le disgustaron tanto el egoismo y la astucia que se habían enseñoreado de sus correligionarios, que, en 1620, se retiró á la vida privada, estableciéndose en Ginebra, donde murió en 1630. ¡Qué encadenamiento tan trágico! su nieta, Madama de Maintenon, estaba destinada á ser la que acabase con el protestantismo francés!

Este guerrero inquieto, enérgico, audaz y leal fué tambien escritor y se distinguió como poeta y como prosista. En sus *Tráguas* y en otras sátiras atacaba sin piedad y con la dureza y licencia de Juvenal, á los mas notables personajes de Francia, especialmente á los católicos. Pero sus libros mas importantes son las dos obras históricas, sus memorias y sobre todo su *Historia general de su tiempo*, que comprende desde el nacimiento de Enrique IV hasta el año 1601. D'Aubigné se nos muestra en sus obras idéntico á lo que le hemos visto en sus hechos; es decir, desdeñando las frases delicadas y cortesanías, la excesiva alabanza y la indiscrecion y queriendo describir las cosas segun su importancia, con sencillez y sin adorno alguno. Esto hace que su lenguaje sea descuidado, rudo y atrevido, pero tambien que sea enérgico, que esté lleno de expresiones felices y que pinte admirablemente los caracteres y las costumbres. El entusiasmo del hombre de partido religioso, la imaginacion del poeta, la conciencia del hombre de honor, la seguridad del capitán experto se unen para dar á las obras de d'Aubigné un sello característico y cierta seductora elocuencia. Ciertamente que en un hombre de esta naturaleza no ha de buscarse la imparcialidad, que con igual saña ataca á sus enemigos religiosos que á sus enemigos personales; pero en cambio tampoco se muestra muy indulgente con sus amigos. En el fondo, quiere decir la verdad describiendo solo aquello que ha presenciado ó que él mismo ha hecho. Su *Historia general* es, pues, una obra notable no solo bajo el punto de vista histórico, sino aun bajo el concepto literario.

¡Cuán distinta de la de d'Aubigné es la persona de Jacobo Augusto de Thou, erudito y esclarecido consejero del Parlamento! De Thou perteneció á aquel círculo de hombres moderados, tolerantes é instruidos que solia tener á su alrededor Enrique IV y á los cuales defendía de los ataques de los fanáticos católicos y reformados. El rey utilizó los conocimientos de Thou, especialmente para reorganizar la Universidad y la Biblioteca. Su gran obra de historia es la mejor fuente para conocer la segunda mitad del siglo xvi y los comienzos del xvii. Su imparcialidad, su amor á la verdad, sus esfuerzos para fundar sus asertos en documentos auténticos, y la excelencia de los materiales de que disponia, fueron reconocidos ya por sus contemporáneos y son todavía admirados por nosotros, por mas que ni por la forma literaria ni como obra que tenga un sello individual puede su «Historia» escrita en idioma latino, ser comparada con la de d'Aubigné.

La elevada instruccion que notamos en una parte de las capas superiores del pueblo francés contrasta con la crasa ignorancia de la clase baja. La supersticion ejercia en aquel

(1) Scaligerana, pág. 188.

tiempo gran predominio en Francia; todavía el cazador salvaje cruzaba los bosques, látigo en mano y seguido por una jauría de perros; y todavía los hombres, convertidos en lobos, se comían a las mujeres y a los niños, mientras los demonios gustaban más que nunca de hacer del cuerpo humano su morada favorita. Los frailes explotaban los exorcismos como una verdadera industria, a pesar de la oposición que les hacía el ateísmo de la facultad de medicina. La funesta senda de las brujas y hechiceros se ensanchaba cada día más y solo conducía a llevar al sacrificio a una porción de inocentes, de engañados y de engañadores. En 1606 tuvo efecto en Grenoble la ejecución de un hechicero; en 1608 fué decapitado en París un noble porque había atravesado con un puñal una imagen del rey, con lo cual esperaba conseguir la muerte de este; en 1609 perecieron en la hoguera, en París, muchos infelices acusados de haber tomado parte en el sábado del diablo; y en 1610 fueron ejecutados en Burdeos tres españoles y una española por haber embrujado a hombres, animales y frutos del campo. Un hombre tan erudito y esclarecido como Scaligero, creía también en estas necedades (1). Ya se comprenderá que en una época en que la superstición era tan grande como la ambición de riquezas y el deseo de placeres, había de florecer el afán de encontrar tesoros, y que los preparadores de filtros para amantes desgraciados habían de sacar mucho dinero de ellos.

Entonces se encontraban frente a frente la antigüedad y los tiempos modernos; por un lado la instrucción, las tendencias científicas, la civilización, y por otro la ignorancia, la oscura superstición, que desgraciadamente predominaban todavía en la vida práctica y que eran reconocidas y hasta sostenidas por las más altas autoridades del Estado.

Junto a esta superstición existía en las esferas más ilustradas el ateísmo, y en la capital había sociedades en que el materialismo era tanto más apreciado cuanto más cínico se mostraba, habiéndose dado con frecuencia el caso de que los mismos criminales, al llegar al lugar de la ejecución, rechazaban públicamente los auxilios espirituales y hacían gala de su impiedad.

En todas las esferas de la vida pública y privada, el reinado de Enrique IV fué un período de transición, en el cual la antigüedad y la tradición conservaban todavía un puesto importante, bien que obligadas a luchar cada vez más contra las ideas modernas que se veían favorecidas por el mismo monarca. Esto, sin embargo, no quiere decir que lo nuevo fuese siempre lo mejor.

Con todo, en algunas cosas no se nota esa decadencia, pudiendo citarse en primer lugar, entre ellas, la poesía. No cabe duda alguna de que la época de Enrique IV sentó las bases de la posterior poesía francesa y de que durante aquel tiempo se trazaron las tendencias y los límites dentro de los cuales se movió toda la literatura francesa del siglo decimoséptimo. La nueva escuela, que nació con Malherbe, venció a los que aun seguían las huellas de Marot, de Rabelais y de Ronsard. ¿Era esto una ventaja? En vez de la Francia ruda, audaz, a menudo grosera, pero siempre lozana, consciente, orgullosa, animada y amante de la verdad; en vez de esta Francia donde cada clase, cada individuo poseía y quería ejercer privilegios exclusivos, apareció en la misma poesía un sentimiento cortesano, fino, mesurado y lleno de gusto, que, desgraciadamente, distaba mucho de ser original, energético, íntimo y verdadero. Escoger entre ambas tendencias es cuestión del gusto de cada cual.

(1) Scaligerana, pág. 375.

El porta-estandarte de la nueva escuela fué Francisco Malherbe, pulido y atildado rimador que hizo mucho en pro de la armonía de la lengua francesa, del arte métrica de los versos, de la pureza de estilo y de la belleza de las formas poéticas, por todo lo cual merece generales aplausos. Pero, a pesar de esto, Malherbe no era un verdadero poeta y su falta de originalidad, de gracia, de imaginación y de verdadero sentimiento, su exclusiva atención a la elegancia de la forma, su servil sumisión a los gobernantes del momento, ejercieron funesta influencia en todo el período llamado clásico de la literatura francesa.

No sin obstáculos consiguió esta nueva escuela poética ganar importancia: al frente de sus adversarios se encontraba el mejor de los poetas de aquel tiempo, Maturino Regnier, que se dedicó únicamente a la sátira en cuyo género no tuvo rival, y así el valor y los atractivos de sus obras subsistirán mientras no cambie la humana naturaleza. Regnier poseía el principal rasgo característico de los verdaderos poetas, pues al pintar las impresiones individuales y las costumbres de su tiempo, descubre la existencia eterna del corazón humano. Todas las perversidades y debilidades de la tierra nos son por él presentadas y bajo el traje del siglo XVI se nos muestran como tipos eternamente verdaderos. Regnier no pretende admirar ni contristar ni conmover el ánimo del lector, sabe perfectamente que no ha de variar el mundo y que él mismo tiene una parte en los vicios que describe, lo cual le preserva de la dureza y amargura de Juvenal. Su estilo le es propio, él mismo lo ha inventado, lleno de conceptos atrevidos, de elipses y de giros especiales; y si bien se le acusa con frecuencia de cuidar poco de la versificación, de emplear expresiones arcaicas y vulgares y de ser demasiado frívolo, preciso es convenir en que estas faltas son las que más fácilmente se perdonan al poeta satírico. Regnier era el adversario más decidido de aquella poesía cortesana y convencional de Malherbe.

La novela está representada en la época de Enrique IV por una obra que, por espacio de un siglo, hizo las delicias de la buena sociedad francesa, a saber, la *Astrea*, de Honorato d'Hurfee, novela pastoril, cuya primera parte, dedicada a aquel soberano, apareció en 1610. En nuestros tiempos, tan dados al realismo, es difícil penetrar en esa sociedad ficticia é interesarse por hechos y personas que nunca han existido; no obstante, el estilo de la *Astrea* es apacible, armonioso, rico y variado; y esto contribuyó indudablemente mucho a la acogida que durante tanto tiempo le dispensó el público: el mismo rey quiso, durante una larga enfermedad, que cada día le leyese fragmentos de esta novela; y en efecto, si conseguimos someternos a las hipótesis de su autor y creer en la realidad de aquella elegante y erudita república pastoril, podremos pasar algunas agradables horas leyendo los amores de Celadon y Astrea, las aventuras del bello Alcippo y los celos de Celion y Belinda. Pero leer los cinco libros de que consta la obra es una tarea superior a las fuerzas de nuestra generación, por más que d'Hurfee cuidara de animar la uniformidad de su musa bucólica con alusiones a los acontecimientos reales de su tiempo. Para comprender actualmente la afición de aquella época a las novelas pastoriles (pues Italia tiene su *Pastor fido* y España su *Diana*) es preciso tener en cuenta que, fuera de las novelas caballerescas y de algunas satíricas, no encontramos en aquel período huella alguna de naturaleza novelesca; y la novela pastoril, respecto de la caballerescas, representa un progreso notable, pues se acerca más a la realidad, a la humanidad verdadera y en ella vemos ya el momento psicológico y la pintura y desarrollo de caracteres. La novela bucólica marca, en la nueva literatura novelesca, la transición de los engendros absurdos de

una fantasía rústica y calenturienta a la manifestación de la vida real (1).

El drama, que en los últimos tiempos del siglo XVI había decaído de un modo lamentable, fué, en cierto modo, levantado por Alejandro Hardy. El principal mérito de este poeta, fecundo, sí, pero falto de inventiva, fué el haber despertado nuevamente en el público la afición al teatro. Todas las clases del pueblo participaron de esta afición y el mismo rey favoreció considerablemente los espectáculos. La compañía para la cual escribió Hardy sus seiscientos dramas, todos en versos heroicos, fundó en 1600 el primer teatro permanente en París. Dábanse tres representaciones semanales; a ellas acudía numerosa concurrencia, y los cómicos, que eran a la vez empresarios, disfrutaban de cierto bienestar. Posteriormente, y durante el reinado del mismo Enrique, se fundó un segundo teatro. En París, representaban igualmente compañías extranjeras, especialmente italianas y españolas; en las ciudades de provincias, también se levantaron teatros; y de esta suerte, Hardy creó el público para Corneille y Racine.

La literatura no tuvo, por regla general, un protector en Enrique IV, prescindiendo del hecho de haber nombrado a Malherbe, el fundador de la poesía cortesana, su poeta de corte; pero tampoco la vejó con leyes restrictivas. Nadie era menos vengativo que aquel rey: una broma de buen género, aunque fuera a costa suya ó de sus más allegados servidores y amigos, le gustaba, y una crítica amarga le mortificaba poco, pues apenas hacía caso de ella. Era demasiado francés, demasiado gascon para no encontrar natural que cada cual hablara como tuviera por conveniente. En las comedias, se ridiculizaba sin reparo alguno a los funcionarios públicos y a los mismos amigos del rey, a los jesuitas. Hacíase leer casi todos los impresos, amigos y hostiles, y encontraba un placer en ello. Si se le exhortaba a que castigara a los folletistas, solía contestar: «Si no hace daño con otra cosa más que con la lengua, bien se le puede perdonar.» Todo extranjero que llegaba a París se admiraba del interés político que animaba al pueblo después de la guerra civil y de la gran libertad de hablar de que allí se disfrutaba. Entonces no había aun periódicos que se publicaran con regularidad, pero todo cuanto nuevo ocurría, incluso las cosas secretas, aparecían en manuscritos ó en folletos impresos que corrían de mano en mano. El número de los escritos, serios y satíricos, que se publicaron contra la administración, contra los ministros y hasta contra el mismo rey, es incalculable; y cuanto más duros eran los ataques, tanto mayor afán había por comprarlos. Por el folleto de Arturo Thomás: *Descripción de la isla de los hermafroditas*, es decir, de la corte francesa, se llegaron a pagar dos escudos de oro, ó sean 200 reales. El rey quiso que se leyeran, por más que se dijera en ella: «La Francia es ahora el antro y el asilo de todos los crímenes, libertinajes é infamias, cuando antes era una noble academia, un criadero de todas las virtudes.» Enrique encontró esto muy libre y atrevido, pero prohibió que se castigara al autor, «pues, decía riendo, me remordería la conciencia si hiciera mal a un hombre por haber dicho la verdad.» Los ministros se mostraban más indignados que el soberano y se quejaban de aquella «licencia de imprimir» que se volvía contra el gobierno (2). Como se ve, Enrique no era el monarca popular que la tradición supone. El pueblo le echaba en cara que, después de haber restablecido la paz, no hubiese disminuido los impuestos, cuyo cobro se hacía con

(1) Esto en la literatura francesa. La española ya había experimentado esa transición desde la *Celestina*, el *Lasarillo* y las novelas de Cervantes, la *Gitanilla*, la *Tía fingida*, etc., etc. (N. del T.)

(2) Mercier de Lacombe: *Enrique IV y su política* (París, 1860), página 134.

las mayores vejaciones; y como los franceses de todo hacen un epigrama, decían que Enrique prefería ser rey de los mendigos (*gueuses*) que de los franceses (3).

Sin embargo, él fué quien con segura mirada y firme mano echó los cimientos de la grandeza y preponderancia de Francia. Mas que «rey bueno», como comunmente se le designa, fué un rey grande, excelente administrador, distinguido hombre de Estado y notable general. Estas últimas cualidades se nos pondrán más de relieve cuando estudiemos la dirección que Enrique imprimió a las relaciones exteriores de Francia.

CAPITULO XIII

LA PREPONDERANCIA QUE EN EUROPA TENIA ESPAÑA PASA A FRANCIA

Guerra entre Francia y Saboya.—La paz de Lyon.—Enrique IV y la Iglesia romana.—Lucha entre Venecia y el papa Paulo V.—La administración española bajo el gobierno del duque de Lerma.—Decadencia de España en este período.—Expulsión de los moriscos.—Los Países Bajos católicos bajo el gobierno de Alberto é Isabel.—Negociaciones de paz entre España y Holanda.—Armisticio de doce años entre España y Holanda.—El «gran plan» de Enrique IV.—La sucesión del duque de Cléveris.—Huida de Condé á Bruselas.—Plan de guerra de Enrique IV.—Resultados del reinado de Enrique IV.

Cuando Enrique IV hubo terminado, con la paz de Verins, el período de agitación y de movimiento, lo cual consiguió cuando contaba cuarenta y cinco años de edad, concibió con gran prudencia, aunque también con inquebrantable firmeza, el plan que se proponía realizar y hacer realizar a la Francia para coronar su obra (4). Convenía, ante todo, hacer inofensivos a los adversarios del interior de Francia, restablecer el poder absoluto del monarca, cicatrizar las heridas de la patria, fomentar la industria y la agricultura, resucitar el bienestar y la actividad perdidas, ordenar la hacienda y organizar el ejército; porque mientras todo eso no se consiguiera, no debía inaugurarse el período de la política exterior, contentándose Enrique, entre tanto, con evitar todas las luchas que se le ofrecían, con tramar por doquier sus intrigas diplomáticas, con estimular a los enemigos de la casa de Habsburgo y prestarles un auxilio prudente y moderado. Enrique supo, durante este tiempo, contener su impetuoso temperamento dentro de los límites de una paciencia perseverante y circunspecta.

Pero en el fondo de sus planes estaba siempre la idea de romper con España, rival de Francia hasta entonces preponderante, que la había vencido militar y políticamente, que la había arrebatado sus provincias italianas y que había sido causa de sus guerras civiles y de sus desórdenes. Apenas, en las últimas semanas del año 1606, hubo dominado los últimos restos de la conjuración de 1602, es decir del levantamiento del duque de Bouillon, que tan grandes proporciones había tomado; apenas vió que en su reino imperaban la unión y la prosperidad, comenzó, con decisión y energía, a trabajar para conseguir la humillación de los Habsburgos, los cuales se vieron aislados por el completo abandono en que sus aliados les dejaron. Enrique, valiéndose de las relaciones que había contraído en años anteriores, supo derrotar diplomáticamente a su rival española, haciendo que Francia desempeñara el papel decisivo que antes tenía la España en todos los grandes acontecimientos. Esta hábil acción diplomática, bien meditada y conducida con éxito brillante, debía ser origen de la gran lucha decisiva que Enrique consideró

(3) Relación de Sir Jorge Carews á Bird: *Negociaciones entre Inglaterra, Francia y Bruselas* (Londres, 1749), pág. 463.

(4) Este capítulo se funda también en mi obra ya citada, *Enrique IV y Felipe III*.